
CAPITULO CVI.

LA AGONIA.

A mediados de Mayo, Thiers dijo en una proclama sesuda y elocuente la verdad, toda la verdad á los comuneros. En esta proclama no se acariciaban ilusiones engañosas; no se dirigian amenazas inútiles: el poder hablaba sobriamente con toda la seguridad de su fuerza. Desde que la revolucion comunal no contó con los departamentos; desde que, restablecida la disciplina, tuvo en frente un ejército formidable y junto á sí un numeroso pero débil ejército; el resultado era indiscutible, la Comunidad debía sucumbir sin remedio. Thiers, al decirlo, decia la verdad, y prestaba inapreciable servicio á los mismos que le maldecian con toda clase de injurias y le odiaban con toda clase de furores. Si París hubiera podido salvarse á sí mismo, evita con este acto de prudente heroísmo los desastres que sobrevinieron más tarde, y las represalias, su inevitable consecuencia. La proclama del Presidente apareció un dia por todas las esquinas, y la importancia real de este documento célebre nos mueve á copiarlo íntegro. Decia así:

«El Gobierno de la República francesa á los parisienses:

»Francia, libremente consultada por el sufragio universal, ha elegido un Gobierno único legítimo, único que puede exigir obediencia, si el sufragio universal no es una vana palabra.»

«Este Gobierno os ha dado los mismos derechos de que gozan Lyon, Marsella, Tolosa, Burdeos, y á no faltar al principio de igualdad, no podeis pedir más derechos de los que tienen todas las otras ciudades del territorio.»

«En presencia de este Gobierno, la Comunidad, es decir, la minoría que os oprime y que se atreve á cubrirse bajo la infame bandera roja, tiene la pretension de imponer á Francia sus violencias. Por sus obras podeis juzgar del régimen á que os sujeta. Viola las propiedades, aprisiona á los ciudadanos para rehenes, trasforma en desiertos vuestras calles y vuestras plazas públicas, donde se ejercia el comercio del mundo, suspende el trabajo en París, lo paraliza en toda Fran-

cia, detiene la prosperidad que estaba próxima á renacer, retarda la evacuacion del territorio por los alemanes y os espone á un nuevo ataque de su parte, que declaran estar prontos á consumir sin consideraciones, si no conseguimos reprimir la insurreccion.»

«Hemos escuchado todas las delegaciones que nos han sido enviadas, y ninguna nos ha significado una sola condicion que no fuese el rebajamiento de la soberanía nacional ante la insurreccion, el sacrificio de todas las libertades y de todos los intereses. Hemos repetido á estas delegaciones, que dejaríamos salva la vida á los que depusieran las armas; que continuaríamos los subsidios á los trabajadores necesitados. Lo hemos prometido, lo prometemos ahora; pero es necesario que la insurreccion cese, porque no puede prolongarse sin que Francia perezca.»

«El Gobierno que os habla, hubiera deseado que pudiérais vosotros mismos libertaros de los tiranos que juegan con vuestra libertad y vuestra vida. Y puesto que no podeis, necesario es que él se encargue, y para esto ha reunido un ejército al frente de vuestros muros, el cual viene á precio de su sangre, no á conquistaros, sino á salvaros.»

«Hasta ahora se ha limitado al ataque de las obras exteriores. Ha llegado el momento en que, para abreviar vuestro suplicio, debe atacar el recinto mismo. No bombardeará á París, contra lo que os dirán las gentes de la Junta de Salvacion pública y de la Comunidad. Un bombardeo amenaza á toda la poblacion, la hace inhabitable y tiene por objeto intimidar á los ciudadanos y obligarles á una capitulacion. El Gobierno sólo empleará el cañon para forzar una de vuestras puertas, y se esforzará en limitar al punto atacado los estragos de esta guerra de que no es autor.»

«Sabe, y lo hubiera comprendido, aunque no se lo hubiéseis dicho, por muchos conductos que tan pronto como los soldados franqueen el recinto, os unireis á la bandera nacional, para contribuir con nuestro valeroso

ejército á destruir esa sanguinaria y cruel tiranía.»

«De vosotros depende prevenir los desastres que son inseparables de un asalto. Sois cien veces más numerosos que los sectarios de la Comunidad. Reuníos; abrid las puertas cerradas á la ley, al orden, á vuestra prosperidad y á la Francia. Abiertas las puertas, el cañon cesará: la calma, el orden, la abundancia, la paz, volverán á vuestra ciudad; los alemanes evacuarán nuestro territorio, y las huellas de nuestros males desaparecerán rápidamente.»

«Pero si nada haceis, el Gobierno se verá obligado á acudir, para libraros, á los medios más prontos y seguros. Os lo debe á vosotros, y sobre todo á Francia, porque los males que pesan sobre vosotros pesan sobre ella; porque la huelga que os arruina se extiende á toda Francia y la arruina igualmente; porque tiene el derecho de salvaros si no sabeis vosotros mismos.»

«Parisienses, pensadlo maduramente; dentro de pocos dias estaremos en París. La Francia quiere concluir con la guerra civil. Lo quiere, lo debe, lo puede. Marcha para libraros. Podeis contribuir á salvaros vosotros mismos haciendo inútil el asalto y volviendo á tomar desde hoy vuestro lugar en medio de vuestros conciudadanos, de vuestros hermanos.»

«Versalles 8 de Mayo de 1871.»

A esta proclama respondió un rugido de los revolucionarios. La prensa, que debia calmar los furios y prever las catástrofes, atizaba todos los odios. No tuvieron á mano al culpado, al jefe de la Nacion, bastante atrevido, bastante osado para responder á la guerra con la guerra, á las rebeliones con la represion; y se ensañaron tristemente en sus propiedades, como hacian con sus víctimas los antiguos reyes absolutos. Carlos V no se contentó con ahorcar á Padilla, desarraigó de la tierra su casa, como quien desarraiga un árbol, y la sembró de sal para que fuera un

desierto. Aun hemos alcanzado á ver el triste solar cubierto de punzantes ortigas. En los siglos de servidumbre nadie hubiese podido construir sobre aquel espacio que hablaba de las cóleras y de las venganzas de los reyes. Despues, en la época constitucional, cuando la semilla arrojada en los campos de Villalar, y que tres siglos de tiranía no pudieron extirpar, germinó, los ayuntamientos de Toledo levantaron una columna salvada por milagro del incendio, y pusieron sobre ella una lápida en recuerdo de la grandeza del esfuerzo y de la infamia del castigo. Era de ver en aquella ciudad de las desolaciones y de las ruinas, el solar desierto, las piedras amontonadas, las señales del incendio todavía por doquier, las plantas parietarias y las tristes ortigas cubriendo aquel lugar de odio y de tristeza. Decian los demócratas romanos que al tirano Sila se lo perdonaban todo ménos la confiscacion de las propiedades y la demolicion de las viviendas. Los comuneros, estos renovadores de la sociedad, estos profetas del derecho, repetian la barbarie del absolutismo español y de las peores dictaduras romanas.

Si no lo leyéramos, apenas creeríamos que los periódicos del tiempo pudieran expresarse en estos términos. Oid á Rochefort: «No somos Atilas y la yerba brota bajo las pisadas de nuestro caballo; pero reconocemos que el anuncio de la próxima demolicion de la casa de Thiers nos parece un homenaje necesario á la opinion pública. Es de toda justicia que ese viejo evasor vea caer su casa bajo el peso de un decreto, puesto que tiene la infamia de ver caer las nuestras bajo el peso de sus bombas. La resolucion del Gobierno de París abrirá nuevos horizontes al jefe de los bombardeadores, y le descargará de un gran peso. Los perversos, que actualmente componen la poblacion de la capital, anunciando que hasta ahora no habia llegado ningun proyectil á la plaza de Saint-Georges, comenzaban á suponer que el versallés, feroz,

pero económico, sólo pensaba en salvar su inmueble.»

Habeis oido á Rochefort hablar en su tono ligero; oid ahora á Pyat en su tono melodramático. «En nombre de París, en nombre de Francia, en nombre de la Humanidad. Que el apellido de ese parricida sea maldito, tres veces maldito: el dia de su nacimiento maldito; el dia de su muerte festejado. Que caiga su casa á la misma hora de la caida de esa columna que él ha celebrado, sobrepujándola en crímenes. Quede sólo sobre sus ruinas una piedra con esta inscripcion vengativa: Aquí fué la casa de un francés que incendió á París.»

En efecto, un decreto de la Comunidad habia aparecido disponiendo la demolicion de la casa del Presidente, con esta fórmula expresiva: «será arrasada.» La ropa blanca debia pasar á los hospitales militares; los objetos de arte y libros preciosos á los Museos y Bibliotecas; el mobiliario á las públicas subastas en el antiguo guarda-mueble de la Corona; el importe de todas estas ventas, incluyendo el de los materiales de construccion que se sacará de las ruinas, debia consignarse al fondo del pago de pensiones á los huérfanos y á las viudas de la Comunidad.

Un testigo ocular me contaba que todas las noches pasaba, al volver de su trabajo á su casa, de la calle de Montmartre á la calle de Aumale, y veía el estado de aquella vivienda, las piedras y maderas esparcidas, las paredes en ruinas, las verjas tronchadas; montones de piquetas en el suelo; aquí carretadas de libros, allá arcas rotas, y las ropas que contenian descubiertas y registradas; junto á una tabla de un severo Cristo de la Edad Media un lienzo con Sático del Renacimiento; las salas medio descubiertas por la demolicion, y todavía medio ocupadas por sus muebles, semejando á fantásticas decoraciones de teatro; y ya en la acera una gran fogata, á pesar de ser calurosa la primavera y tibias las noches, fogatas en que los guardias

consumian por gusto objetos á veces estimables que tenian la falta de haber pertenecido al abominado tirano.

Tocóle al viejo Delescluze asistir en su agonía á esta revolucion moribunda y personificar sus últimos instantes, sus postrimeras locuras. A la verdad, el pálido rostro y los apagados ojos del jacobino tenian toda la amarillez y todo el frio de la muerte. Su corazon estaba ya casi partido en pedazos á causa de sus continuos combates y de sus innumerables derrotas. Hondos surcos abiertos por la fuerza, ora del pensamiento, ora del dolor, atravesaban su rostro sereno como el rostro de un cenobita. Los blancos cabellos y blanca barba acababan de completar el tristísimo aspecto de semejante hombre dotado de vocaciones de mártir. Así la utopia le era familiar, y creia tan fácil realizar un sueño en el espacio, como escribirlo en el papel. La utopia federal no le tentó nunca, porque creia que quitaba fuerza á la revolucion; y la utopia socialista tampoco, porque creia que materializaba y corrompia al pueblo. Pero destruir á todos los reyes en un minuto; fundar con vanas palabras dignas de los antiguos sortilegios la República universal en toda Europa, eso le parecia obra de un corto esfuerzo y de un breve momento. Cuéntase que siendo el año cuarenta y ocho prefecto de Lila, asistió á la plantacion de un árbol de la libertad. «Puedan tus ramas, dijo, atravesar la frontera, llegar hasta Bélgica, penetrar en el campo de Wartelóo, y destruir el odiado Leon, que recuerda nuestras desgracias.» El árbol plantado por Delescluze, debia derribar la columna de la plaza de Vendome antes que el leon de Wartelóo. Pero no le faltaron ánimos para intentar tambien esta empresa, como que fué el motor de una ridícula expedicion encaminada á proclamar la República en Bélgica, y que abortó tristemente en la frontera. Risquontout era el lema de su partido y de su política, Arriesguémoslo todo, era su palabra

favorita. Arriesguémoslo todo; sí, todo, y perdámoslo, y ahora libertad, República, con tal de llevar por algunos dias la revolucion á sus últimos extremos. Ese es lema de aventurero, de descubridor, de aquel que sólo arriesga su persona y su familia; pero no puede ser lema de político, de estadista, de aquel que lleva consigo la fortuna, el nombre, la riqueza, la vida de toda una sociedad. Sus palabras, al encargarse en aquel supremo trance, de representar el último y más triste papel, tienen una solemnidad bien triste, bien trágica; y una sola esperanza, que aumenta la amargura.

«LA GUARDIA NACIONAL:

»Ciudadanos: La Comunidad me ha delegado al Ministerio de la Guerra, creyendo que su representante en la administracion militar debia pertenecer al elemento civil. Si sólo consultase mis fuerzas, habria declinado este cargo peligroso; pero cuento con vuestro patriotismo para que su cumplimiento me sea fácil.

»La situacion, ya lo sabeis, es grave. La horrible guerra que sostienen los feudales, conjurados con los restos del régimen monárquico, os ha costado mucha sangre generosa; y sin embargo, deplorando estas pérdidas dolorosas, cuando considero el sublime porvenir que se abrirá para nuestros hijos, aunque no nos sea dado recoger el fruto de lo que hemos sembrado, saludaré siempre con entusiasmo la revolucion del 18 de Marzo, que ha abierto á Francia y á Europa, perspectivas que ninguno de nosotros se atrevia á esperar hace tres meses. A vuestras filas, pues, ciudadanos, y firmes ante el enemigo.

»Nuestras murallas son fuertes, como vuestros brazos, como vuestros corazones. No ignorais que combatís por vuestra libertad y por la igualdad social, que tanto tiempo há perseguís; y que si vuestros pechos están espuestos á las balas y á las bombas de Versalles, el precio que teneis seguro, es la libertad de Francia y del mundo, la seguridad de

vuestro hogar, y la vida de vuestras mujeres y de vuestros hijos.»

«Vencereis, pues. El mundo, que os contempla y aplaude vuestros magnánimos esfuerzos, se apresta á celebrar vuestro triunfo, que será la salud de todos los pueblos. ¡Viva la República universal! ¡Viva la Comunidad revolucionaria!»

«París 10 de Mayo de 1871.—*El delegado «civil de la Guerra, DELESCLUZE.»*

Es sublime el candor y la fé de un hombre que pesá los inconvenientes, que toca las dificultades, que aprecia los peligros; y que en el fondo de su alma sólo desprecia á los colaboradores de un dia, á los cooparticipes de su responsabilidad, á los comuneros, por girondinos, por comunistas, por gentes que buscaban la mayor parte en el oleaje revuelto buena pesca, mientras él buscaba la vida de las instituciones republicanas, y á lo sumo, el lustre de su nombre.

El desenfreno llegó á ser general y general la anarquía, la organizacion de la Milicia era todo el problema. Los cuerpos de guardia se trocaban fácilmente en escandalosas orgías á cada noche. Los milicianos salian vacilando por las calles, y se derrumbaban sobre las aceras al vapor de sus borracheras. Distinguíanse por los uniformes más abigarrados en los cuales llevaban las más pintarrachadas insignias. Iban y venian por las calles sin causa; y se entraban por los ministerios y por las oficinas sin motivo. París semejava á un cuartel en rebelion más bien que á una ciudad ordenada. Así promulgáronse muchas disposiciones para corregir estos abusos, para castigar á los oficiales que iban de continuo á los ministerios como á los soldados que iban de continuo á las tabernas.

Todo indicaba terrible agravacion de la guerra; al siniestro Rogere se le habia encargado que reuniera y almacenara todo el petróleo disponible en París; y á otros delegados que congregaran el mayor número de trabajadores para obras de defensa y ereccion de innu-

merables barricadas. Al mismo tiempo se exigian papeletas que identificaran las personas y que dijeran si los ciudadanos pertenecian ó no á la Milicia Nacional. Todos estos síntomas y todas estas arbitrariedades des-poblaban materialmente á París. Vefanse por las calles del real sitio donde residia la Asamblea; por los caminos del pueblo y panteon donde acampaban los prusianos, llegar verdaderas nubes de fugitivos que divertian á los vencedores de Francia como los titiriteros ambulantes, ó como las cancioncillas desvergonzadas en los teatros de ferias. Todo aquello era la señal evidente de la descomposicion inmediata de aquella furiosa insurreccion.

Uno de los actos de la Comunidad revolucionaria que conmoviera más hondamente á la opinion pública, fué el derribo de la columna Vendome, símbolo ilustre de las glorias del Imperio. En los hechos políticos no hay que mirar solamente á su justicia intrínseca, sino tambien á su oportunidad. El don político por excelencia consiste en estudiar y averiguar qué sazon de tiempo y de circunstancias favorece la siembra fecunda de un principio, la implantacion segura de una reforma. Así como seria el peor de los labradores el que se empeñase en plantar por otoño lo que debe plantarse por primavera, es el peor de los políticos el que, sin atender ni á la corriente de los tiempos, ni á las condiciones de la vida, ni al estado de la opinion, se empeña locamente en que ha de hacer brotar una institucion, ó ha de imponer una medida aun sabiendo seguro el retroceso, y la derrota y la desgracia seguras.

Los tiempos del trabajo deben sustituir á los tiempos de la guerra. Si el hombre necesita del combate para aguzar sus facultades y para fortalecer su vida, hartos enemigos tiene que combatir con sólo imponer su libertad á despecho del fatalismo reinante en la naturaleza. Luche en buen hora con los hielos del Polo y con los ardores del desierto; con las tormentas del mar y con las tempestades